

LIBRO III

LOS PARTIDOS POLITICOS

EN

INGLATERRA

CAPITULO I.

Origen y significación de los Partidos Políticos en general.

En la naturaleza nada permanece estacionario, pero el constante juego del desarrollo es lento, librándose los organismos poco a poco de sus modalidades para entrar en nuevas fases de vida. El hombre venido al mundo con una herencia de instintos, legada por muy lejanas generaciones, en el curso de los años va perdiendo algunos de esos instintos y modificando otros, que dan paso a la razón disciplinada, hasta que convertido en persona civilizada se distingue especialmente por su inteligencia, conservando empero un acervo de impulsos y sentimientos, que lo ligan al pasado y que fácilmente se muestran en su intensidad atávica, cuando graves acontecimientos remueven el fondo bajo de su personalidad.

De igual manera las sociedades, organismos vivos en que la unidad "hombre" forma su factor, progresan ineludiblemente, desprendiéndose de sus tradiciones y costumbres, casi sin percibirlo, cuando el desarrollo es normal; mas sufriendo grandes sacudimientos, si en su carrera encuentran obstáculos que necesitan vencer de un modo violento: lo primero es, la evolución, lo segundo, la revolución.

El proceso de la evolución, es el proceso diario, que trabaja sin cesar, transformando a las sociedades con tal eficacia, que manteniendo siempre el amplio cuadro de la raza, graba en él rasgos enérgicos, que muchas veces dan su nombre a un siglo.

La revolución, por el contrario, hace su trabajo a grandes intervalos; cuando la corriente de los tiempos cargada de ideas innovadoras y de sentimientos caldca-dos por esas ideas, tropieza con un dique difícil de saltar, entonces es cuando ella estalla, rompe ese dique, arrolla cuanto encuentra a su paso, envuelve en sus ruínas muchos intereses, pero al fin salva a la sociedad, encauzándola nuevamente para empujarla hacia las playas del porvenir.

La evolución y la revolución, que al parecer son dos fuerzas antagónicas, no representan, en realidad, sino dos factores combinados para la misma solución: el mejoramiento de la humanidad.

La evolución cuenta más con lo pasado, que con lo futuro; la revolución, sin menospreciar completamente lo pasado, pone su mira en lo porvenir, fascinada por ideales que la inquietan y convidan a explorar nuevos horizontes. La evolución y la revolución son, pues, dos fuerzas que se integran, y sin las cuales, las sociedades se mantendrían casi estacionarias, o se precipitarían siempre locamente por vías inexploradas para estrellarse en los arrecifes de lo desconocido.

De lo dicho se infiere, que en toda sociedad bien organizada deben tener cabida dos fuerzas fundamentales: la que mantiene las tradiciones y la que pugna por transformarlas, o sea, dándoles sus nombres propios, el partido conservador y el partido progresista. Ambas son útiles, ambas son legítimas; y aplicándose una u otra pueden prestar a la comunidad importantes servicios, que trascienden a muy remotas generaciones. Sin embargo, no es esto lo que se ve; sino que convertidos los partidos en banderías, pugnan reciamente por aniquilarse, imponiendo con frecuencia al vencido el sambenito de la traición u otros infames reproches; lo cual es efecto del ardimiento de las pasiones y de los extremos a que éstas llegan en las contiendas civiles.

“Las diferencias entre lo pasado y lo futuro—dice

un sagaz historiador—entre la cautela y la confianza, entre la imaginación que nimba con reverencia la tradición y aquella que divisa brillantes perspectivas para el adelantamiento futuro; entre la inteligencia que percibe claramente las ventajas de las instituciones presentes y los peligros de un cambio, y la que ve más claramente los defectos de esas instituciones y lo mucho que puede ganarse modificándolas, establecen en las sociedades distintos puntos de vista, que encuentran su expresión cabal en la división de los partidos. Uno de éstos descansa principalmente en la gran verdad que reconoce, que una de las esenciales condiciones primeras de un buen gobierno consiste, en su estabilidad, siendo de gran riesgo librarlo de su pasado, quitándole todo apoyo moral y conmoviendo los quicios en que se sustenta. El otro se apoya con igual fuerza en la verdad no menos evidente que declara que el gobierno es un organismo vivo, capaz de crecimiento y desarrollo, y adaptable a las nuevas condiciones del pensamiento y de la sociedad; que está sujeto a graves males, que sólo pueden prevenirse por una vigilancia constante, y que sus atributos y funciones son susceptibles de infinita variedad y extensión, de acuerdo con las nuevas orientaciones de la vida nacional. El primer aspecto representa el elemento estático, y el segundo el dinámico, en política. Cada uno puede invocar para sí su afinidad natural con alguna de las altas cualidades del carácter y del espíritu; y quizá cada uno deba su fuerza a alguna deficiencia mental o moral. La estupidez es naturalmente conservadora. Las clases numerosas, gobernadas ciegamente por la rutina e incapaces de entender las nuevas ideas, o las exigencias de un cambio de circunstancias o de condiciones en una sociedad que se reforma, encuentran su lugar natural en las filas conservadoras. El aturdimiento, por otra parte, es naturalmente radical. A este lado pertenece esa casta de espíritus, que no teniendo una idea de la infinita complejidad e interdependencia de los problemas políticos,

de la parte que los hábitos, la asociación y la tradición tienen en un organismo político sano, y de las múltiples y remotas consecuencias de cada institución, se resuelve con ligereza y descuido a introducir reformas dentro del marco de la Constitución, por fines meramente especulativos, o por hacer una experiencia. El peso colosal del egoísmo gravita naturalmente del lado conservador. Este partido cubre bajo su bandera toda esa gran multitud, que habiendo conquistado un puesto, desea sólo conservarlo, que está, por tanto, dispuesto a subordinar toda su política al mantenimiento de su clase y de sus privilegios, que ve con indiferencia y apatía ese vasto conjunto de miserias e injusticias que demandan reparaciones; y que jamás ha hecho un esfuerzo para mejorar el mundo en que vive. El bando conservador es, por lo común, menos eficaz en su obra, que su rival, porque sus *leaders* están paralizados por el egoísmo que mina sus filas, y porque los intelectuales de más empuje, casi siempre, figuran entre sus rivales. Por otra parte, el acre humor de las pasiones conturbadas de la sociedad, fluye con fuerza hacia el radicalismo. La ambición que odia las dignidades y privilegios, cuando de ellos no participa, es intensamente democrática; y las desordenadas emulaciones, y los desvergonzados aventurerós, encuentran su puesto natural en medio del partido, que clama por el cambio y el progreso". (1)

CAPITULO II.

Origen de los Partidos Políticos en Inglaterra

Conocemos ya el Gabinete, su origen, su constitución y funciones, así como a los Ministros separadamente en el ejercicio de sus respectivas atribuciones. Pero, puesto que ellos son hombres de partido, y que viven y

(1) W. E. H. Lecky; History of England in the Eighteenth Century, Vol. I, pág. 513.

de la parte que los hábitos, la asociación y la tradición tienen en un organismo político sano, y de las múltiples y remotas consecuencias de cada institución, se resuelve con ligereza y descuido a introducir reformas dentro del marco de la Constitución, por fines meramente especulativos, o por hacer una experiencia. El peso colosal del egoísmo gravita naturalmente del lado conservador. Este partido cubre bajo su bandera toda esa gran multitud, que habiendo conquistado un puesto, desea sólo conservarlo, que está, por tanto, dispuesto a subordinar toda su política al mantenimiento de su clase y de sus privilegios, que ve con indiferencia y apatía ese vasto conjunto de miserias e injusticias que demandan reparaciones; y que jamás ha hecho un esfuerzo para mejorar el mundo en que vive. El bando conservador es, por lo común, menos eficaz en su obra, que su rival, porque sus *leaders* están paralizados por el egoísmo que mina sus filas, y porque los intelectuales de más empuje, casi siempre, figuran entre sus rivales. Por otra parte, el acre humor de las pasiones conturbadas de la sociedad, fluye con fuerza hacia el radicalismo. La ambición que odia las dignidades y privilegios, cuando de ellos no participa, es intensamente democrática; y las desordenadas emulaciones, y los desvergonzados aventureros, encuentran su puesto natural en medio del partido, que clama por el cambio y el progreso". (1)

CAPITULO II.

Origen de los Partidos Políticos en Inglaterra

Conocemos ya el Gabinete, su origen, su constitución y funciones, así como a los Ministros separadamente en el ejercicio de sus respectivas atribuciones. Pero, puesto que ellos son hombres de partido, y que viven y

(1) W. E. H. Lecky; History of England in the Eighteenth Century, Vol. I, pág. 513.

funcionan por las fuerzas de la agrupación política a la cual pertenecen, o caen por el desconcierto o la acidia de esas fuerzas, necesario es conocer los partidos de aquel país, por lo menos en sus rasgos fundamentales.

Las contrarias tendencias en la vida social, de que hemos hablado en el capítulo anterior, han existido, sin duda, en todo tiempo en Inglaterra, como en cualquier otro país; pero cuando se manifestaron de un modo claro, dibujándose ya los gérmenes de los futuros partidos, fué en la época de la Reforma, en que las luchas religiosas, a la vez que tendían a conquistar la libertad de conciencia, afirmaban los derechos políticos del pueblo.

Sir Tomás Erskine May cree, que esos gérmenes fueron plenamente discernidos en el reinado de Isabel. El atrevido espíritu de los puritanos, se puso entonces de manifiesto en apoyo del Parlamento y contra la prerrogativa de la Corona en lo que atañía a la Iglesia y al Estado. En sus esfuerzos por obtener tolerancia para sus correligionarios y las modificaciones del nuevo ritual, fueron apoyados por algunos eminentes consejeros de la Reina, como Cecil y Walsingham. En materia de Estado, supuesto el absolutismo de aquellos tiempos, claro es, que no contaban con el apoyo de la Corte; mas dándose cuenta de su poder y de la organización de su partido, no omitieron diligencia para ser admitidos en la Cámara Baja, hasta que unidos a otros oponentes de la prerrogativa, alcanzaron al fin la mayoría que anhelaban. (1)

Lord Juan Russell coloca el nacimiento de los partidos en el reinado de Jacobo I, en ocasión en que Sandys, Coke, Selden y Pym asumieron la jefatura de la primera oposición parlamentaria organizada. En esta época, dice, los *tories*, nombre con el de *whigs* después inventado, pero de los cuales se sirve para expresar mejor sus ideas, querían aumentar en cuanto fuera posible la prerrogati-

(1) *Sir Thomas Erskine May; The Constitutional History of England, Vol. I, págs 397 y 398.*

va real. Sin duda, que ellos no iban hasta animar al Soberano para que violase la ley; mas dentro de los límites de la legalidad, consideraban útil al bien público, que aquella prerrogativa no encontrase ningún obstáculo. Los *whigs*, al contrario, se ocupaban más con el pueblo que con el Soberano; y estaban siempre dispuestos a poner trabas a todo ejercicio, aun legal, de la prerrogativa, que la calificaban de imprudente e inoportuna; y a hacer que prevaleciera la acción política, que consideraban como la más conveniente al país.

Macaulay señala como época del nacimiento de los partidos, la célebre del Parlamento Largo, en que el elemento popular se enfrentó al Poder real. Ciertamente, que aun en la época de los primeros Parlamentos de Inglaterra, existían dos bandos, ganoso el uno de conservar, y el otro de reformar lo existente; mas también lo es, que mientras las legislaturas fueron de corta duración, carecieron estos elementos de partido, de forma definida y permanente; que no tuvieron tiempo de proclamar sus jefes, ni de ponerse bajo sus banderas, ni de adoptar nombres, divisas, ni gritos de guerra. Durante los primeros meses del Parlamento Largo, la indignación producida por tantos años de opresión, fué tan grande y general, que la Cámara de los Comunes procedió en todo, como un solo hombre, desapareciendo, por ende, los abusos, sin producir siquiera conato de lucha, pues si una exigua minoría del Cuerpo representativo deseaba conservar la Cámara Estrellada y la Comisión Suprema, dominada esa minoría por el entusiasmo y la superioridad numérica del partido reformista, hubo de resignarse a lamentar en secreto la ruína de aquellas instituciones, que no podía defender a cara descubierta, con esperanza de triunfo.

Ocultábase, sin embargo, un gran cisma bajo esta ostensible concordia, y, por tanto, cuando en octubre de 1641 volvieron a reunirse las Cámaras, tras breve suspensión, aparecieron ya frente a frente, dos partidos de

todo en todo contrarios, los mismos que con denominaciones diversas, se han disputado y se disputan todavía la dirección de los negocios públicos de su patria. Primero se llamaron "Caballeros" el uno, y "Cabezas redondas o Motilones" el otro; y andando el tiempo *Tories* y *Whigs*, nombres que no parecen dispuestos a trocar por otros.

Conviene añadir, que ambos bandos no han sumado nunca la totalidad de la Nación, ni siquiera entre ambos la mayor parte de ella; y que siempre ha existido, intermedia, una gran masa de ciudadanos, que jamás ha querido formar en las filas de ninguno, de una manera estable y constante, sino permanecer neutral respecto de ellos, y a la vez oscilante y como dudosa y sin saber a cuál dar la preferencia, pasando y volviendo a pasar de uno a otro en el transcurso de algunos años, y mudando de opinión, cansada de apoyar a los mismos hombres, o temerosa de sus excesos, o acaso también porque se hubiera prometido cosas imposibles de su intervención en los negocios, y no viera realizado lo absurdo merced a ellos; pero tan prepotente siempre, que cuantas ocasiones ha echado su peso en la balanza, favoreciendo a uno u otro de los contrarios, luego al punto, ha decidido el triunfo, por ser imposible resistirla.

Cuando se presentaron, por primera vez, en la arena política estos partidos, con colores perfectamente definidos, no parecían sus fuerzas muy desiguales. Agrupábase al lado del Gobierno, robusta mayoría compuesta de títulos y de familias opulentas y aristocráticas, a las cuales sólo faltaba la denominación nobiliaria para ser como los primeros; y esta muchedumbre distinguida, juntamente con el séquito numerosísimo de sus deudos y de cuantos se hallaban bajo su dependencia, ejercían inmenso poder en el Estado. Venían después, en refuerzo de unos y otros el clero, las dos Universidades y todos los seglares fuertemente adictos al gobierno episcopal y al ritual anglicano; clases respetables todas ellas, que

habían de mezclarse y confundirse con aliados que no lo eran tanto. Porque la rigidez puritana obligó a formar en el partido realista a cuantos se ocupaban sólo en galanterías, modas y cosas de poco momento, y a los que vivían distraendo a los ricos, desde el poeta cómico y el pintor, hasta el bufón y el titerero; que los artistas sabían perfectamente, que si podrían prosperar protegidos de altivo y fastuoso despotismo, sucumbirían bajo el gobierno de rigoristas inflexibles; con éstos iba la totalidad de los católicos romanos, sabedores de que la Reina, francesa de nación, profesaba sus mismas ideas religiosas, que su marido el Rey Carlos I era esposo amantísimo y hasta sumiso, que, aun siendo protestante por convicción, no miraba con malos ojos a los parciales del Papa, y que de buen grado les hubiera concedido más libertad, que no a los presbiterianos.. Y como sabían los católicos, que al vencer la oposición les aplicaría, con todo rigor, las leyes sanguinarias promulgadas contra ellos en la época de Isabel, tanto más estrechamente se unían a la Corte, cuanto más crecía el peligro. Empero, siempre procedieron discretísimamente, con gran cautela y extremada prudencia, conducta que les valió ser tildados de cobardes y fríos en la defensa del Monarca, sin merecerlo, porque así atendían a sus propios intereses como a los de Carlos, procediendo de esta suerte; y que a ser otro su sistema y hacerse notable entre los realistas, de ningún provecho habrían sido ni al Rey, ni a sí propios.

La mayoría de la oposición constaba de pequeños propietarios del campo y de traficantes y mercaderes de la ciudad; pero a su cabeza iba formidable minoría de la clase aristocrática, figurando en ella los nombres ilustres y poderosos de Northumberland, Bedford, Warwick, Stamford, Essex y muchos otros señores de gran riqueza y opulencia. Formaba en las filas de la oposición también y las engrosaba por extremo, la totalidad de los protestantes disidentes (*nonconformists*), y la mayor par-

te de aquellos individuos de la iglesia, que aceptaron las doctrinas calvinistas tan generalizadas entre los prela-dos y el clero, cuarenta años antes. Y aun cuando, con algunas contadas excepciones, todos los municipios se adhirieron al movimiento, y la oposición era poderosa en la Cámara de los Comunes, no podía llamarse prepon-derante, de una manera decisiva. (1)

Bolingbroke, en su disertación sobre los partidos, dice, que entre 1672 y 1678, el derecho hereditario e in-defectible del Soberano, la descendencia en línea recta, la obediencia pasiva, la prerrogativa real, la no resis-tencia, la esclavitud y el papismo estaban asociados en muchos espíritus con la idea que se tenía de un *tory*; y que ésta parecía incompatible con la que se formaba de un *whig*.

En realidad, el carácter fundamental de cada uno de los partidos mencionados, quedó definido desde su na-cimiento, representando en sus principios y acción las fuerzas conservadoras y progresistas, que tan bien han servido para el desarrollo del pueblo inglés.

Fuera de los dos partidos principales que hemos ca-racterizado, existen y han existido otros formados de coaliciones, o nacidos a impulso de otros intereses y que han patrocinado medidas radicales, especialmente en el curso del siglo XIX. Los antiguos *tories* y los Peelites en 1830, los Adullamites y los Liberales radicales en 1866, los Irlandeses Nacionalistas y los Liberales Unio-nistas de los últimos años, demuestran con abundancia la falta de unidad en la vida política de Inglaterra. (2)

(1) Macaulay: Historia de la Revolución de Inglaterra; tra-ducción de Bender, Tomo I, págs. 135-140.

(2) Woodburn; Political Parties, pág. 154.